

José Ovejero

La seducción



Galaxia Gutenberg

JOSÉ OVEJERO

La seducción

Galaxia Gutenberg

Lo que llamamos poder no es nada;
la seducción es el verdadero poder.

Emilia Galotti, acto V, escena VII;
Gotthold Ephraim Lessing

David

Ahora, cuando por su culpa acabo de echar a perder mi vida, me doy cuenta de que nunca he querido a David. Si aceptaba su compañía era menos por afecto que porque me halagaba que me hubiese elegido para confidente, incluso como una especie de tutor benévolo y desinteresado con el que sincerarse. Así que, si busco la causa de toda esta mierda que me ha caído encima, cosa algo inútil ya, ha sido mi vanidad la que ha provocado la catástrofe, justo en una época en la que yo creía que lo que los demás pensarán de mí había dejado de importarme. Entendedme: yo estaba por encima de esas cosas. Yo tenía éxito, es decir, era –soy, aún lo soy– uno de esos autores que no necesitan ganar premios literarios para que se vendan bien sus libros. Soy miembro de varios jurados, mi nombre se cita cada vez que se traza un panorama de la literatura actual, me invitan a congresos, a ferias, a pachangas de nombres grandilocuentes. Me produce una secreta alegría recibir cada año un sobre de papel verjurado cuyo único remite lo constituye el escudo de España. Mi vanidad es desproporcionada, omnívora, pantagruélica. ¿Qué, pensabais que no lo sabía? Me gusta ver mis fotos en las portadas de las revistas literarias –¿por qué sólo en las literarias, es ése mi límite?–; a todo el mundo le gusta, aunque luego algunos digan con falsa modestia que les pone incómodos ver su foto. Conocí a un escritor que afirmaba no mirar nunca las entrevistas que le hacían en televisión, y una vez que me invitó a su casa a cenar –se trataba de uno de esos escritores que ponen más orgullo en sus artes culinarias que

en su literatura— descubrí en una estantería los DVD de sus entrevistas ordenados por fechas.

Putat¹ vanidad, que sólo puedes satisfacer gracias a los demás, que te vuelve dependiente, casi mendicante. Yo necesitaba ese combustible engañoso: la primera vez que llenas el depósito te parece que vas a poder seguir pisando el pedal hasta Siberia, pero luego descubres que tienes que repostar una y otra vez, con frecuencia creciente. La admiración, he leído en algún sitio, es un fuego de pajas: produce llamas y chisporroteo pero no calienta; y hay que alimentar la hoguera continuamente. Yo lo diría de otra forma: la admiración es como la cocaína, necesitas seguir consumiéndola para no sentir el bajón. Y supongo que David me daba admiración sin que yo la pidiese ni buscase; era él quien me buscaba.

Desde que David tenía catorce años se había pegado a mí, me visitaba con frecuencia, quería saber mi opinión sobre cualquier asunto que le resultase inquietante o no acabara de entender, y sobre todo me contaba sus preocupaciones y lo que pensaba de esto o de aquello, con un énfasis que a menudo no estaba justificado por el contenido, como si hablar con un adulto que no fuese uno de sus padres le permitiera contrastar sus opiniones y afirmarlas para ponerlas a prueba. Es verdad que me enternecía aquel intento suyo de comprender, clasificar, juzgar, sobre todo juzgar, porque los jóvenes juzgan antes de entender (aunque quizá esta frase podría ampliarla para incluir a los ancianos, y, si continuó pensándola, a todo el género humano), y le escuchaba

1. Ah, lector: si no te gustan las palabrotas en la literatura, aún estás a tiempo de salir de aquí. Deja el libro en la estantería o, si tengo suerte, en la mesa de más vendidos; la sección de poesía está al fondo —la poesía está siempre al fondo—, allí encontrarás lo que buscas. No te necesito, no me necesitas. Yo ya no necesito a nadie, y menos a ti. Supongo que debería alegrarme. Eso es, que te den a ti también.

con más atención de la que merecía la colección de prejuicios que, sumados, formaba su visión de la realidad. Cuanto más joven eres más prejuicios tienes, puesto que no has tenido oportunidad de pensar ni de observar la mayoría de los fenómenos que te rodean y, como también de joven necesitas ordenar el mundo, lo has de hacer construyendo un juego de afirmaciones tan tajantes como inseguras: sabes que los mayores te están mintiendo, intentan convencerte de entrar en algún tipo de trampa pero les ves la patita por debajo de la puerta, y prefieres sustentar con violencia errores propios antes que aceptar la humillación de ser engañado. Porque los mayores, más que prejuicios, tenemos coartadas, un conjunto de justificaciones para no actuar como sabemos que deberíamos hacerlo. Y lo que ningún joven en su sano juicio quiere es convertirse en uno de nosotros. ¿Exagero? Si tienes más de cuarenta años, levántate del sillón en el que empotras el culo todas las noches, venga, apaga la tele o cierra el Facebook, mírate al espejo y pregúntate por qué debería un joven querer parecerse a ti. A ver, piensa. ¿No has encontrado ninguna razón? Bien por ti: eres una persona honesta. Pero no te felicites por ello: reconocer tu propio fracaso tampoco te convierte en un modelo.

Yo había sido muy amigo de sus padres cuando David aún usaba pañales. Eduardo era, es, un escritor mediocre. Y además ni siquiera ha tenido éxito, esa agradable compensación a la falta de talento. Para resumirlo: cuando varios escritores aparecían en la misma noticia, por ejemplo porque asistían a tal festival literario, su nombre nunca figuraba en ella; siempre se encontraba escondido en la coletilla «y otros escritores». Quizá quede más clara la diferencia entre nosotros si añado que mi nombre solía aparecer en los titulares de la noticia y, si no era así, la rabia podía durarme semanas. Eduardo ni siquiera se enfadaba porque no contaba con ello. En todo caso, emitía un suspiro de

desaliento. Yo estaba allí. Lo he visto. He sido testigo de su conformidad con su puesto en el pelotón.

Nos veíamos más o menos cada quince días, con nuestras mujeres, normalmente en su casa, porque en aquella época ellos estaban atravesando penurias económicas y no podían permitirse pagar a una canguro para salir a cenar; de hecho, tampoco podían permitirse cenar fuera. A él, en un ataque de optimismo que no tenía el menor sustento en la realidad, se le había ocurrido la gran idea de abandonar el trabajo de perito en una agencia de seguros para dedicarse exclusivamente a la literatura. Decía que la creación no era compatible con un trabajo diario en un sector que, además, era de por sí alienante: evaluar cristales rotos, filtraciones de agua, pequeños incendios, obras mal realizadas, ajuar dañado por algún electrodoméstico, cortocircuitos, robos... Y yo tengo que analizar todo eso, decía, y encontrar el más mínimo resquicio para que mi empresa no pague, y conversar con gente que se inventa siniestros inexistentes, que pretenden que les compense por el robo de bienes de los que no tienen factura ni prueba alguna de su posesión, yo soy el mediador entre dos estafadores, concluía. Pues a mí me parece muy literario, le decía, vives entre tiburones y pirañas, qué más puedes pedir; además, el trabajo es una fuente de inspiración. Y le recordaba que Kafka fue oficinista, Italo Svevo trabajaba en una fábrica de pinturas, igual que Primo Levi (¿habrá alguna relación?), el cual afirmaba que un escritor sin empleo escribe en el vacío. Ya, y me lo dices tú que no has trabajado en tu vida. Por eso, de haber trabajado habría sido mejor escritor.

Daban igual mis argumentos: se le había metido en la cabeza que sólo eres un escritor de verdad si puedes vivir de la escritura. Y como su mujer había cogido una excedencia para ocuparse del niño –Rosa es profesora de instituto–, que después alargó por unos episodios de depresión que no quiso, por vergüenza, usar como motivo de baja médica, vivían al borde de la miseria, y no lo llevaban con

ese orgullo con el que podrías llevarlo cuando eres joven y te sientes bohemio y radical, sino con una humillante sensación de impotencia. Mi mujer y yo solíamos llevar el vino y también parte de la cena con la excusa de que siempre eran ellos los que invitaban, aunque todos sabíamos que su frigorífico estaba casi vacío. Además, si ponían ellos el vino era de una calidad lamentable. Hace tiempo que dejé de beber vino malo. A Eduardo, sin embargo, le daba igual un gran reserva que un vino de tetrabrik. De su época de joven promesa conservaba el gusto por la bebida, y no sé exactamente cuándo pasó de beber porque se creía un joven maldito a beber porque era un adulto fracasado.

Durante aquellas cenas casi siempre nos acompañaba David. Era un crío observador, más bien callado, que solía quedarse hasta la madrugada sentado en el regazo de su madre, al parecer sin aburrirse jamás con las conversaciones necesariamente repetitivas de los adultos. A sus padres les llenaba de orgullo que David pudiese escucharnos durante horas sin decir apenas una palabra, aunque lo que ellos consideraban buena educación y una inteligencia precoz a mí me parecía falta de carácter del niño. Yo no me habría quedado tan tranquilo escuchando las peroratas de otros sin hacerme notar: habría roto un plato, derramado una copa de vino, cogido una rabieta. De adulto hago cosas parecidas si me dejan en segundo plano en mesas redondas o entrevistas colectivas: ofendo a otro participante, me levanto y me voy si las preguntas son demasiado imbéciles, enciendo el móvil y consulto los mensajes mientras hablan los demás. Pero a mi mujer le impresionaba ese niño atento que pasaba horas escuchando conversaciones fuera de su comprensión, como si aquello fuese un signo de madurez. Años después David confirmó mi visión de los hechos: erais pesadísimos, me dijo, pero yo aguantaba aquello para permanecer sobre las rodillas de mi madre y no tener que

irme solo a la cama; siempre me ha dado miedo; al menos, cuando no había visita, mi madre solía quedarse tumbada en mi cama hasta que me dormía, pero cuando veníais a cenar no podía hacerlo. Y yo aguantaba vuestras conversaciones y me portaba bien para no dar excusa a que me enviasen a mi cuarto.

¿De qué tenías miedo, te acuerdas?

De niño tenía pesadillas. Que me perseguían. Que me querían matar, o hacerme algo peor aunque yo no sabía qué. En una pesadilla unos hombres mataban a mis padres y los descuartizaban. Yo iba corriendo a casa de mis tíos, que vivían cerca, y los encontraba sentados a la mesa, comiendo; en los platos estaban los restos de mis padres. Me desperté con una sensación de ahogo que todavía recuerdo. Así que lo que me daba miedo era dormirme, porque sabía que me iba a suceder algo terrible en sueños. Y que cuando me despertase estaría solo. ¿Tú no sueñas cosas así?

No, yo casi nunca sueño cosas así, duermo nueve horas al día y no suelo recordar mis sueños, si es que los tengo, pero el hecho de que me lo preguntara en presente me dio a entender que sus terrores nocturnos no eran cosa del pasado. Y miré a aquel chico escuálido, me fijé por primera vez en sus ojos algo hundidos, en su manera de sentarse, ligeramente encorvado, y recordé que también caminaba así, con un paso que parecía firme pero con la cabeza echada hacia delante y los hombros caídos. Y pensé también por primera vez que David no daba la impresión de ser un joven feliz. Y sobre todo pensé que nunca llegaría a nada. Como su padre.

Cuando David tenía diecisiete o dieciocho años su padre y yo dejamos de hablarnos. Eduardo se ofendió conmigo de una manera casi ridícula porque critiqué la novela que acababa de terminar, cuyo manuscrito me había entregado justamente para que se lo criticase. Me dijo que yo ha-

bía sido tan duro porque mi propia novela, publicada unos meses antes, había recibido críticas severas («Esta novela es mala, y punto», dijo de ella un idiota, crítico de *El País*), y, lo que es peor, se había vendido menos de lo habitual en uno de mis libros. Es cierto que mi orgullo estaba herido, pero aunque mi novela hubiese sido el éxito del siglo la suya me habría seguido pareciendo vulgar, carente no sólo de originalidad, también de ambición. Una crítica despiadada, dijo, porque le comenté que estaba escrita con oficio pero que era una novela prescindible y que no haberla leído no supondría para nadie una pérdida significativa (¿no se podría decir lo mismo de la inmensa mayoría de las novelas publicadas, incluidas las mías?). Quedamos todavía algunas veces y durante aquellas cenas empezó a hablarme con una sequedad y un desdén que no consideré necesario soportar. Dejamos de vernos y mi mujer aceptó el cambio al parecer sin muchas dificultades, como si llevase tiempo aburriéndose con nuestras reuniones y le hubiese costado dar el primer paso para prescindir de ellas o al menos para espaciarlas. Nunca le pregunté si nuestros amigos le habían resultado simpáticos alguna vez. Y ya es demasiado tarde para averiguarlo.

Sin embargo, sí seguí viendo a David, que venía a visitarme, o más bien, que se dejaba caer, siempre sin avisar, siempre como si no hubiese tenido intención de hacerlo pero se hubiera encontrado en las proximidades; cuando le abría la puerta daba unos pasos hacia el interior de mi apartamento, hacía como que dudaba entre avanzar hasta el salón y darse la vuelta y seguir su camino, ¿interrumpo?, preguntaba, y se desplomaba con desgana en un sillón, siempre el mismo, desde el que se quedaba mirando por la ventana, como absorto en sus pensamientos. Solía llegar a media mañana, cuando yo ya estaba levantado, a sabiendas de que no soy un hombre madrugador, y que yo recuerde nunca vino por la noche, quizá porque sabía que a mí la casa se me cae encima y rara es la vez que ceno en

ella. También cuando aún vivía con mi mujer prefería no quedarme en casa por la noche y salir a algún restaurante del que era habitual. Me gusta que me conozcan los camareros y que el vendedor de cupones me salude por mi nombre, que sepan cuál es la mesa que prefiero y mis platos favoritos. Y las veces que no tenía ganas de cenar a solas con mi mujer, me agradaba saber que si llamaba a alguien ese alguien haría lo imposible por cancelar sus compromisos para venir a hacerme compañía. Me gusta estar, no ser; ser no sirve de nada si no estás.

Al principio, cuando él debía de rondar los catorce años y me visitaba con frecuencia, como si no tuviera ocupación ni deberes, encontraba algo pesada su insistencia. Yo por aquella época escribía; no como ahora, casi cinco años sin publicar, la angustia de la página en blanco, mentira, no me angustia porque no tengo nada que contar, la gente espera de mí otra gran historia pero ¿para qué escribir una gran historia cuando te parece que la mayoría de tus lectores son medio gilipollas? Los conozco, se me acercan en ferias y congresos y se quieren hacer fotos conmigo y que les escriba dedicatorias personales y me quieren enviar sus manuscritos para que les dé mi opinión, pero yo por supuesto les digo que no pienso leerlos, la vida es muy corta para pasarla leyendo tonterías grandilocuentes. Sí, es cierto, al principio de mi carrera literaria leí alguno halagado porque me preguntasen mi parecer. Luego me di cuenta de que no querían mi opinión sino mi admiración –¡yo, admirar!– y es más raro encontrar así una buena novela que darte de narices con un elefante en un edificio de apartamentos. Otros te regalan su libro ya publicado y esperan que les des las gracias, pero regalar un libro propio no es un acto de generosidad sino una forma de humillación: aceptas que el otro no estaría dispuesto a pagar por leerlo, que ni siquiera se desplazaría a una biblioteca para ello.

Regalar tu libro a otro escritor de más edad o prestigio es una manifestación de vasallaje.

Pero entonces sí escribía y necesitaba lectores, admiradores, el interés de los otros. Y me molestaba que David estorbase mi trabajo; sí, sí interrumpía. ¿Qué pasa, te has vuelto a saltar las clases?, le recriminaba. Y él sonreía, se encogía de hombros y decía: sólo matemáticas, o sólo física, o sólo inglés, como si saltarse nada más una asignatura fuese un mal menor. Pero lo entendía. Nunca me gustó el colegio, nunca me gustó tener que escuchar a profesores que nos utilizaban como público cautivo para contarnos sus frustraciones o para presumir de sus éxitos. Yo, cuando doy una conferencia, pido que dejen la puerta abierta y le digo al público que quien se aburra salga sin hacer ruido. ¡Ja! Casi nunca se sale ninguno.

Mi mujer me insistía en que pasase tiempo con David; el chico lo necesita, decía, aunque sospecho que le agradaba contemplarme en esa faceta de mentor, sacarme de mi misantropía y descubrir, después de todo, un rasgo al que ella habría aplicado el adjetivo «humano», como si el desprecio hacia los otros no fuese una de las bases de la sociedad, el cemento que la mantiene impermeable y segura frente a los invasores. ¡Es el desprecio lo que nos hace humanos! Pero, quizá por los motivos que dije al principio, poco a poco fui acostumbrándome a las visitas de David, que empezaron a ser pausas bienvenidas en mi trabajo.

Paseábamos, comíamos juntos, bebíamos más de lo que debería haber alentado en un chico de su edad, sobre todo teniendo en cuenta los antecedentes familiares. Jugábamos, a juegos intelectuales, por supuesto. De pronto uno de los dos interrumpía cualquier conversación y decía el nombre de un músico o grupo musical que le pareciera imbatible: Jimi Hendrix, decía yo en medio de una frase suya, y él respondía Artie Monkeys y continuaba hablando como si nada. Si yo decía Nick Cave él decía Daft Punk, si decía Joaquín Sabina, él fingía un ataque epiléptico. Por

supuesto hacíamos lo mismo con escritores: yo decía Faulkner y él decía Bolaño, yo Martín-Santos y, aunque me confesó que le gustaba, él decía David Eggers, él Foster Wallace –bah, Foster Wallace, ese humor de colegio mayor, esos jueguecitos para nerds– yo Franzen –como Galdós pero en inglés, reponía David–, él Zadie Smith, y cuando intenté sorprenderle diciendo Pynchon, él hizo un gesto displicente con la mano y dijo: sobrevalorado. Proponía autores que yo tenía que buscar en Wikipedia; al principio pensaba que los nombraba a propósito para sorprenderme o para hacerme quedar mal, pero después me di cuenta de que de verdad los leía, de que, en ese mundo rodeado por territorio hostil que es la adolescencia, David buscaba consuelo en autores estrafularios, de escaso reconocimiento pero seguidos por minorías de adoradores, autores de culto, un culto que permitía a sus seguidores reconocerse, saberse diferentes de los demás, comulgar juntos con la visión de mundos barrocos, absurdos, en el fondo infantiles. ¿Thomas Ligotti? ¿Quién coño es Thomas Ligotti? ¿De dónde sacas esos nombres, del basurero de la literatura? Clark Ashton Smith. Otro; seguro que ni lo has leído. Seguro que nadie lo ha leído salvo gente que cree en que los extraterrestres salvarán a la raza humana o en que las líneas de condensación de los aviones son en realidad nubes de gases con los que nuestros gobiernos nos envenenan. ¿A quién me vas a proponer la próxima vez, a Ron Hubbard? William Gibson, dijo. Bueno, al menos a ese lo he oído nombrar. Y cuando yo dije Javier Marías, él se levantó del sillón, se acercó ceremonioso, fingió que se quitaba un guante tirando sucesivamente de cada uno de los dedos, me abofeteó con él y dijo: escoja las armas.

Era gracioso. Era divertido. Cuando mencioné su aspecto infeliz no quería señalar que fuese un chico triste; tenía sentido del humor, era capaz de entusiasmarse y entonces

gesticulaba como si hubiese tomado algún estimulante. Era su cuerpo el que lo desmentía, el cuerpo de alguien a quien le cuesta levantarse por la mañana y reunir la energía necesaria para enfrentarse a otra jornada de existencia. Un Woody Allen adolescente, no porque se pareciesen en el físico –David era más alto, moreno, no llevaba gafas– pero sí en esa especie de desaliento ante las inclemencias de la vida.

Tenía sus rarezas, sus humores repentinos, su orgullo a flor de piel, en eso había salido a su padre: una vez, tras decir él César Aira en medio de una disquisición mía, yo le mostré el camino de la puerta, y él se levantó y se dirigió de verdad a la puerta; no sólo eso, la abrió, salió y cerró tras de sí; estuve tentado de correr a decirle que no fuese tonto, que volviese, pero si él se permitía sus pequeños momentos teatrales yo bien podía permitirme los míos. ¿Qué tenía, cuatro años?, ¿había que dejarle hacer trampas para que ganara y que no se enfurruñase? A la mierda, hombre. Pasó varios días sin venir y, cuando lo hizo la vez siguiente, nada más tocó al portero automático, soy yo, abrí, subió cansinamente las escaleras, aunque podría haber usado el ascensor, entró asintiendo con la cabeza como para responder a algo dicho en una conversación previa, llegó al salón, miró en derredor como si quisiera deducir lo que estaba yo haciendo a su llegada, ¿interrumpo?, y se dejó caer en el sillón.